

Del tiempo de las dictaduras: cinco novelas de la generación de la represión política

Cleverth C. Cárdenas Plaza¹

UMSA

Correo electrónico: c2cardenas@yahoo.com

Resumen

El artículo plantea una lectura de las novelas *Después de las calles* (1971) de René Poppe, *Toda una noche la sangre* (1994) y *La mala sombra* (1980) de Juan de Recacoechea, *El caldero* (1975) de Gilfredo Carrasco y *Los vulnerables* (1973) de Gaby Vallejo de Bolívar. Desde la perspectiva de Agamben y sus conceptos de *nude vida*, subjetivación y desubjetivación, explora el modo cómo se representa la violencia política en relación a personajes que se encuentran en la resistencia. De ese modo esboza una reflexión de un corpus al que llama la generación de la represión política en Bolivia.

Palabras clave: literatura boliviana, generación de la represión política, nude vida, subjetivación, desubjetivación, ideología.

1 Cleverth Carlos Cárdenas Plaza, es Doctor en Estudios Culturales Latinoamericanos y M. Cs. en Estudios de la Cultura con mención en Políticas Culturales por la UASB-Ecuador y Licenciado en Literatura por la UMSA-Bolivia. Docente investigador de la UMSA. Publicó en coautoría: Jóvenes y política en El Alto. La subjetividad de los Otros (2007), Identidades y territorios indígenas. Estrategias identitarias de los tacana y ayoreo frente a la ley INRA (2003), Realidades Solapadas. La transformación de las polleras en 115 años de fotografía paceña (2015) y Gran Poder la Morenada (2009). Tiene más de 40 publicaciones entre artículos y libros (<https://scholar.google.com/citations?user=Vu70O7cAAAAJ&hl=es>) y escribe regularmente la columna Memoria nómada en el periódico Página Siete.

From the Time of the Dictatorships: Five Novels of the Generation of Political Repression

Abstract

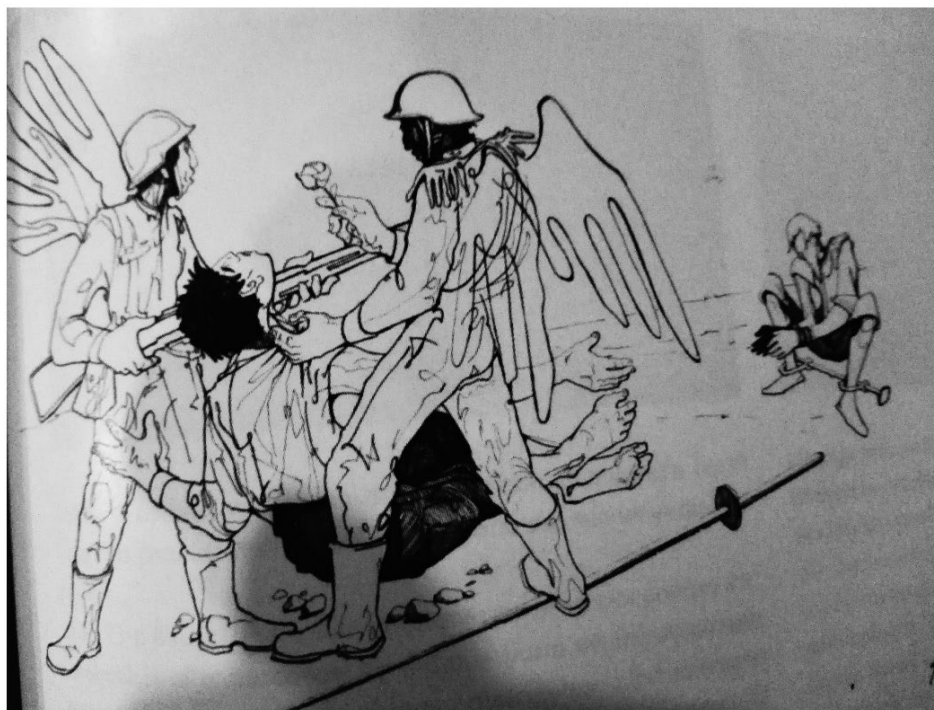
The article proposes a reading of *After the streets* (1971) by René Poppe, *A Whole Night of Blood* (1994) and *La mala sombra* (1980) by Juan de Reca-coechea, *El cauldron* (1975) by Gilfredo Carrasco and *The vulnerable* (1973) by Gaby Vallejo de Bolívar. From the perspective of Agamben and his concepts of nude life, subjectivation and desubjectivation, he explores the way in which political violence is represented in relation to characters who are in the resistance. In this way he outlines a reflection of a corpus which he calls the generation of political repression in Bolivia.

Keywords: Bolivian literature, generation of political repression, nude life, subjectivation, desubjectivation, ideology.

Fecha de recepción: 28 de junio de 2022

Fecha de aceptación: 8 de noviembre de 2022

“Por eso, ese momento, como todo un hombre grande, agotado y raro, Alejandro se sintió capaz de luchar toda su vida por una de esas ideas que los hombres inventan para morir” (Carrasco 1975, 246).



Solo sé mi nombre
Serie El Quijote y los ángeles
Walter Solón Romero
Tinta sobre Papel/ Fundación Solón

Un país anclado entre altas montañas y rodeado por un vasto amazonas, fue el escenario de sangrientas disputas por el poder. Pero, si lo pensamos bien, la violencia estuvo presente desde las largas e inhumanas jornadas en las mitas, en el despojo de tierras a los indígenas, los posteriores y consecuentes levantamientos populares. Detrás de todo estuvo presente siempre el autoritarismo y el poder, y esa voluntad de tomar las vidas humanas como simples números. Antes del NR los conflictos se entretrejían en las áreas rurales y mineras, fiel reflejo de ello son novelas como *Raza de Bronce* (1919). Después de la caída del MNR los conflictos se nuclearon en los espacios urbanos, en las calles de las ciudades, cuando los militares decidieron hacer esa especie de relevos para apoderarse consecutivamente del gobierno del país. De esa manera, la ciudadanía se vio violentada de diferentes maneras y en diversas magnitudes por el poder estatal tomado por los militares y que se extendió desde el golpe de Barrientos, a mediados de la década de los sesenta, hasta entrados los ochenta, cuando por fin retornó la democracia.

Fue un periodo de tiempo signado por hechos atroces provocados por la angurria de poder de ciertos jerarcas militares, soliviantados por una red internacional liderada por la CIA y otros organismos de inteligencia; por otro lado, el país presenció hechos heroicos asumidos por, muchas veces, individuos anónimos, estudiantes, fabriles, esos que denominamos pueblo. No podemos olvidar a los intelectuales y algunos líderes políticos y sindicales que en más de una ocasión sacrificaron a sus familias, su estabilidad económica e incluso su libertad por enfrentarse a esa maquinaria monstruosa en que se convirtió el poder estatal tomado por gobiernos *de facto*.

Este breve ensayo está dedicado a esas páginas que inmortalizaron el deseo de un pueblo por luchar por la libertad y la democracia, aunque estas consignas ahora parecen simples panfletos políticos, hubo una época en que se luchaba y moría por tales causas. En tales circunstancias, algunas obras literarias, que fueron concebidas como otra arista de las luchas emprendidas por el pueblo forman parte de esta reflexión. Esta pesquisa bien podría ser sobre “la generación de la represión”, tal como la denominó Rama, que sería el grupo de escritores, casi una generación que, siendo víctima o testigo de la represión política en los convulsos años de las dictaduras, terminó escribiendo sobre ella. En nuestro caso, si buscamos un grupo de homogéneo y organizado de escritores, es probable que esa generación no se hubiera consolidado en Bolivia; sin embargo, en la obra dispersa de algunos autores es posible encontrar que existiría algo equivalente. Precisamente, este ensayo es un intento de rastrear las pistas que los autores dejaron, para pensar la articulación, ya no de una generación, sino de un corpus, es decir de obras que aluden al tema de la represión.

Con todo, la literatura sobre la represión política en Bolivia involucra diversos conjuntos literarios como la literatura minera, la literatura de la guerrilla y, el corpus que trabajaremos, la literatura sobre la represión política en las ciudades. Por razones metodológicas y de espacio, dejaremos para otro documento los avances de los otros dos grupos. También, por motivos metodológicos y de espacio, dedicaremos estas líneas al estudio y la revisión de un conjunto de novelas, dejando de lado otras formas literarias como la narrativa, la poesía, el drama o el testimonio. Está claro que es imposible abarcar la totalidad de las novelas y optamos por enfocar preliminarmente esta indagación en cinco novelas que son cercanas por los personajes (jóvenes) y por los argumentos.

Estado del arte

Pero primero, lo primero, ¿quiénes o cuáles fueron los críticos literarios que escribieron sobre la literatura de la represión en Bolivia? ¿Existe una crítica

sobre la literatura de la represión? Revisando la bibliografía que tenemos a mano podríamos decir que ese corpus es limitado, pero no inexistente. Primero, se encuentran los críticos que refieren, tangencialmente, el corpus literario que toca el tema de las dictaduras o la represión política; si bien tienen como prioridad el análisis de otros aspectos de las obras, lamentablemente no se proponen plantear una lectura muy elaborada de la temática que planteamos aquí. Por otro lado, se encuentran las investigaciones que abordan esta literatura más orgánicamente, como parte de un corpus completo y con intención interpretativa. Y, finalmente, encontramos la bibliografía que, sin referir la literatura boliviana, aborda más teórica y estructuradamente la literatura del mismo contexto político en corpus amplios que de alguna manera involucran la literatura boliviana.

Quizá sería bueno comenzar con una primera mirada latinoamericana y para eso nos servirá de puente de ingreso el artículo de Julio Ortega “La literatura latinoamericana en la década del 80” (1980). Se trata de un texto que valora el devenir de la literatura latinoamericana desde principios de la década de 1960, signada o marcada por el boom latinoamericano, la describe como una literatura optimista, poniendo mucho énfasis en el prestigio y la circulación masiva de esta literatura. Señala que se trató de un momento de promesas que, sin embargo, comenzaban a derrumbarse porque el desarrollismo capitalista ya mostraba sus limitaciones así como sus alcances. De esa manera se vislumbraba el inicio y la destrucción de los diversos proyectos de cambio. De hecho, Ortega sostiene que:

En esa crisis múltiple de los años setenta, el rol intelectual creativo no podía sino retornar a su más cierta dimensión crítica. La persecución, el exilio, la desmoralización política, son la dura experiencia social del escritor otra vez prohibido y nuevamente enemigo activo del poder regresivo que se recomponía (Ortega, 1980: 164).

Para Ortega, esta nueva experiencia resumía la existencia puesta a prueba como: “cuerpo negado”, “cuerpo sobreviviente” y “cuerpo reprimido”. Evidencia de un conjunto social que naturalizó la violencia frente a la cual los escritores oponían su propia materialidad (*ibid.*: 164-165). Los escritores, para Ortega, estarían frente al “desamparo, el malestar, la agonía, la zozobra”, aspectos que se enfatizan en su trabajo. Lo irónico es que esto también se entrecruzaba con “la plenitud de los sentidos, la lucidez, el habla popular festiva, el humor carnavalesco”, temas que según Ortega ingresan con fuerza ante el drama de la existencia. Solo de ese modo se podría comprender que los escritores latinoamericanos de la década de 1970 retornaran al “texto como un primer espacio liberado por la comunicación genuina” (*ibid.*: 165). En

síntesis, Ortega nos ofrece una descripción panorámica y abstracta del acontecer de la escritura latinoamericana en la década de los setenta, poniendo énfasis en la emergencia de la literatura comprometida y las consecuencias que vivieron quienes la cultivaban.

Por su lado, Adolfo Cáceres Romero plantea una reflexión vinculando la literatura y el compromiso, asumiendo que el compromiso aparece como militancia con la izquierda. En la “Guía para el profesor y el alumno” de *Los vulnerables* (1973), sostiene que para los escritores no es fácil cerrar los ojos frente a la realidad o sustraerse de su experiencia vital. En tal sentido, describe que el acto de escribir genera suspicacia a los gobiernos totalitarios que tienden a desconfiar, perseguir, encarcelar e incluso matar a la gente pensante y crítica. Tal situación, describe Cáceres, lleva a los escritores a pasar de la clandestinidad al exilio para tener un lenguaje combativo y comprometido, el ejemplo que refiere es el de Mario Benedetti y otros escritores latinoamericanos.

Militante, Cáceres aboga por el vínculo entre el arte y la “problemática social o política de un determinado momento histórico” (*ibid.*: 6). Paradójicamente, agrupa como literatura de creación neta a los clásicos que tomarían distancia de la literatura comprometida. Con todo, termina haciendo un listado de algunas novelas bolivianas de compromiso que considera importantes, de las cuales referiremos las que forman parte del momento histórico que investigamos: *La telaraña* (1973) de Hugo Boero Rojo, *El miedo bajo las campanas* (1964) de Luis Edmundo Heredia, *Sombra de exilio* (1970) de Arturo Von Vacano, *Los réprobos* (1971) de Fernando Vaca Toledo, *Los muertos están cada día más indóciles* (1972) de Fernando Medina y *Los vulnerables* (1973) de Gaby Vallejo de Bolívar.

En su ensayo “La novela boliviana en el último cuarto de siglo” (1985) Luis Antezana describe una parte del corpus que nos ocupa, reúne a estas novelas con un conjunto que denomina “la novela de la ciudad”. En el artículo citado, Antezana llama la atención sobre el cambio del lenguaje narrativo que, según el autor, abandonaría el “monolingüismo de la novela realista tradicional” y lo reemplazaría por registros más variados y el uso de técnicas más elaboradas. En su artículo menciona algunas novelas que tratan sobre la dictadura: *Después de las calles* (1972) de René Poppe, *El Caldero* (1973) de Gilfredo Carrasco, *Los vulnerables* (1973) de Gaby Vallejo de Bolívar. El crítico analiza las diferentes temáticas de las novelas reuniéndolas con otras, como *Felipe Delgado* (1979) de Jaime Saenz, *Bajo el oscuro sol* (1971) de Yolanda Bedregal o *El apocalipsis de Anton* (1972) de Arturo Von Vacano. En su comentario resalta las particulares diégesis y pone en situación el modo cómo la ciudad es narrada.

Lo interesantes es que Antezana logra identificar el tema en común de las novelas: “en la ciudad de la novela boliviana, como en ciertos procesos del

inconsciente freudiano, los procesos latentes, los hechos insignificantes, todo lo que ocurre ‘por debajo’ de lo evidente reviste especial importancia” (*ibid.*: 49). La búsqueda de un sentido en la vida, el ansia de algo trascendente marca a los protagonistas y héroes de las novelas que Antezana describe. Por nuestro lado, y siguiendo su pista, pensamos que algo que convierte a esas novelas en interesantes es que en su mayoría los personajes principales son jóvenes; revelando un relevamiento generacional, si comparamos estas novelas con la larga tradición literaria boliviana que siempre propone personajes adultos.

Antezana concluye que la novela boliviana, de ese ya distante último cuarto de siglo, explora nuevas posibilidades expresivas, aunque nunca olvida la función referencial del lenguaje. Además, identifica que esta novela indaga muy matizadamente la realidad. Suponemos que quizá haya en ciernes una nueva estructura literaria en sedimentación que se estaría articulando con el cuerpo social. Sin embargo, me parece importante recalcar que Antezana identifica la renovación en cuanto al uso del lenguaje, la ficción, pero, fundamentalmente, describe que la literatura contribuye a constituir una “memoria social”, parcialmente distinta a la memoria histórica. Resalta el carácter de no oficial, de apertura, pero también de afianzamiento en el testimonio, la crítica verbal e inventiva de la novela boliviana. Como fuere, lo interesante de la lectura de Antezana es que da cuenta de la pulsión por la “memoria social” que late en estas novelas de la ciudad.

Por otro lado, Ana Rebeca Prada en un artículo interesante aborda “El cuento contemporáneo de la represión en Bolivia” (1985), reconociendo ya la existencia de un corpus literario. Aunque aborda el cuento, al tratarse de la primera referencia directa a la generación que nos corresponde mirar, este primer ensayo crítico sobre la “literatura de la represión” es fundamental ante un estado del arte escaso. Reconoce que es el medio y la realidad histórica los que llevaron “al escritor a utilizar su obra como instrumento político y, más concretamente, como queja anti-militarista abierta” (*ibid.*: 55). Prada, ante la ausencia de antecedentes, hace una contextualización valiosa del momento histórico que se vivía y vincula el fracaso de la guerrilla con una frustración que orilla a los escritores e intelectuales a elaborar una renovada actitud crítica y analítica. Esta actitud renovada, dice Prada, manifiesta un compromiso auténtico a nivel latinoamericano (*ibid.*: 56).

Prada, sostiene también que desde el punto de vista del poder, o de quienes lo detentan en el contexto dictatorial, el escritor divulga los abusos del gobierno, los actos de represión y por eso es constantemente perseguido. Irónicamente, señala Prada, la represión alienta a los escritores a radicalizar la denuncia. Citando a Alfredo Medrano, aclara que esa dinámica genera una cadena antagónicamente simbiótica entre represión y literatura. Para la autora, la política de la década de 1970 ha sido una de exterminio ideológico

de parte de los militares, citando a Ortega, y de parte de los intelectuales de abierta crítica, denuncia que les habría ocasionado exilio, persecución y prohibición (*ibid.*: 57). En síntesis, la “violencia de su correspondiente abordaje literario convierten al escritor en militante de arma sutil que va minando poco a poco el terreno de las letras bolivianas” (*ibid.*: 58). Si eso ocurre con el escritor y su contexto, lo que acontece con los lectores, reflexiona Prada, puede ser también dramático porque pese a la conclusión de la lectura, las imágenes de tortura y sufrimiento quedarían suspendidas mentalmente en el lector; de ese modo, la lectura se convertiría en un documento testimonial que lo intrigaría y lo perturbaría. Citando a Ángel Rama, que describe a una “generación de la represión” en el contexto latinoamericano, apunta que en Bolivia existe un conjunto de escritores que bien podría adscribirse a esa corriente. Para demostrarlo plantea un análisis de cuatro cuentos representativos: “Hay un grito en tu silencio” (1979) de César Verduguez, “Hora cero” (1979) de Ramon Rocha Monroy, “El llanto del impuesto” (1979) de Jorge Suarez y “Una mita más mi General” (1979) de René Poppe.

Por su parte, en “Literatura, testimonio y política”, introducción al libro *El Quijote y los perros* (1979), Alfredo Medrano explica que la fuente de inspiración para la literatura suele ser el conflicto humano y social. Desde un punto de vista crítico sugiere que la tragedia de unos puede monetizarse produciendo literatura y cine, de hecho, citando a Vargas Llosa, sostiene la comparación entre el escritor y los buitres, porque se alimentan de la descomposición social. De toda esta reflexión deduce que mediante el compromiso político los escritores pueden desacralizar la literatura y devolverla a su condición humana. Rescatándola de “la ‘torrecita criselefantina’ y aséptica en la que pretenden mantenerla los lectores castos y los escritores castizos cuya piel sufre urticaria cuando escuchan hablar de arte comprometido” (Medrano, 1979: 12).

Medrano añade la certeza de que la persecución a intelectuales de izquierda no hace nada más que probar que todo se resuelve dentro de la esfera política y que los intelectuales influyen en la formación de una conciencia nacional (Medrano, 1979: 13). Entonces, las sucesivas persecuciones a escritores e intelectuales reconocerían la capacidad del arte, de la literatura y también de las ciencias sociales para construir, él no usa este concepto, un imaginario nacional dispuesto a resistir al autoritarismo.

El ensayo de Medrano expone una especie de dialéctica del arte comprometido que describe mediante un gráfico en el que se observa interrelacionados: los problemas sociales, a los que les sigue su manifestación en la literatura y el arte, continúa con la represión política que tiene su correspondiente respuesta con más política, literatura y arte. Concluye denunciando la dictadura de Banzer que estaba en su recta final y en apariencia el país se

encaminaba a la democracia. Lamentablemente, nada más falso, casi inmediatamente dio inicio la dictadura de García Mesa, la más cruenta de todas. Seguramente quienes publicaron en *El Quijote y los perros* (1979), compilación hecha por Néstor Taboada Terán, volvieron a pasar a la clandestinidad.

La novela de la dictadura, para el caso latinoamericano, también tuvo interesantes reflexiones como la tesis *Testimonial literature of the dictatorships: Argentina, Bolivia, Chile and Brazil. A comparative study*, presentada el 2008 en la Universidad de California por Frida Oswald. Es una de las últimas reflexiones que se hicieron sobre novela y dictadura, la autora propone revisar cómo la literatura testimonial, producida en contexto dictatorial, narra la otra cara de la historia, narra la “historia oprimida” y ello lo hace de modo multidimensional. Para ella la literatura se convertiría en un andamio conectivo-colectivo por el que caminarían voces testimoniales de las naciones, en el sentido de que la literatura de la represión política se transformaría en la voz testimonial de las naciones que fueron víctimas del horror y la violencia.

La autora identifica un aspecto poco pensado en la bibliografía: estas narrativas se produjeron posteriores a los eventos, incluso dos décadas después. En los textos de los países revisados se encuentran evidentes crisis para lidiar con un pasado que, en muchos casos, seguía incrustado en el presente. La autora revisó, indistintamente, textos inmediatos y posteriores para comparar cómo la dinámica de la memoria opera desde la proximidad hasta la posterioridad. En los textos literarios analiza la memoria (individual y colectiva), las identidades en crisis, el trauma. Aunque no era su objetivo encontró que la literatura testimonial se transformó en un recurso terapéutico en el que los autores procuraron curar y aliviar su peso. Se trata de un trabajo que explora panorámicamente el conjunto literario que se propone.

En síntesis, la crítica literaria abordó el tema de la literatura de la represión en Bolivia todavía de un modo incipiente. Hace falta una reflexión que nos ofrezcan un balance de todo ese corpus, que tome en cuenta los otros géneros literarios e, incluso, las artes plásticas que plasmaron visualmente este oscuro episodio de nuestra historia. En tal sentido, este ensayo procurará contribuir con una mirada panorámica de un conjunto más amplio de novelas que se inscribirían en aquello que podríamos llamar, siguiendo a Rama, la literatura de la generación de la represión en Bolivia.

Estado de excepción

En el contexto boliviano y latinoamericano las dictaduras intentaron construir su legitimidad política nacional e internacionalmente. No solo se trató de actos brutales de toma del poder, sino de actos simultáneos que sembraron

el terror en esta parte del continente, gracias a cierto respaldo internacional que, para justificarla, incluso produjo toda una discursividad que buscaba legitimar estas acciones, al grado de pretender darle estatus jurídico.

La figura legal que utilizaron los gobernantes *de facto* fue el estado de excepción. Como dice Agamben, citando a C. Smith, “el estado de excepción, en cuanto actúa es ‘una suspensión del entero orden jurídico’” (Smith, citado en Agamben, 2003: 72), en tal sentido “parece ‘sustraerse a cualquier consideración de derecho’” (Agamben 2003, 72). Esta figura jurídica fue el instrumento que utilizaron estos gobiernos no democráticos para sobrepasar las normativas jurídicas que resguardaban los derechos fundamentales de la población, incluso la misma Constitución. En contra de cualquier observación, Smith defiende esa posición y asevera: “el estado de excepción es siempre algo bien diferente de la anarquía y del caos y, en sentido jurídico, en él existe todavía un orden, inclusive si no es un orden jurídico” (Smith, citado en Agamben 2003, 72). De ese modo, Agamben demuestra que lo que hace Smith es posibilitar la articulación entre estado de excepción y orden jurídico. Por supuesto, esto no deja de ser paradójico, pues Smith inscribe dentro del derecho algo que realmente está en su exterioridad, en vista de que la dictadura y su base, el estado de excepción, suponen la suspensión de cualquier orden jurídico. Una aporía que enuncia que el orden impuesto por estos gobiernos ilegales es más importante que sobrepasar la legalidad.

Más aún, Smith diferenció dos tipos de dictadura: la soberana y la comisarial. La soberana no solo busca conservar el orden, incluso crea un estado de cosas en el que le sea posible imponer una nueva constitución o leyes que estén fuera de la ley general; en cambio, la dictadura comisarial, se propondría conservar el orden momentáneamente con el objetivo de encarrilar una vuelta a la democracia. Más allá del intento absurdo de conceptualizar estas tipologías la intención de las dictaduras es naturalizarlas dentro del lenguaje jurídico. Mediante ese procedimiento es posible pensar como algo normal que el estado de excepción suspenda el derecho.

La nuda vida

El otro ámbito de la descripción de Agamben es la biopolítica que, siguiendo a Foucault, describe cómo la gestión política de la vida, es decir el poder, no solo dispone de la gestión de lo público, sino de la misma población. Un punto importante para comprender ello es que el Estado inserta a los sujetos en redes de relaciones de poder mediante largos procesos de subjetivación. En eso precisamente radica la microfísica del poder, cuando es posible insertar, como diría Deleuze, la inscripción de los sujetos dentro del conjunto

social. Pero Agamben es más pragmático y refiere que no solo se debe ver la subjetivación, sino se debe poner atención a los procesos de desubjetivación. En esa medida conviene ver al sujeto como un campo de fuerzas que es recorrido por dos tensiones que se oponen: la subjetivación y la desubjetivación. Concluye señalando que toda política de las identidades en relación a estos procesos es letal, aunque se trate de la identidad del contestatario o del disidente (Agamben 2003, 17).

Luis Espinal en esta talla en madera sin título representa cómo los cuerpos de las víctimas son cercenados por la acción destructora del poder autoritario y bestial de la dictadura. Ilustra la fragmentación de los sujetos.



Sin Título
Luis Espinal
Colección Particular

Fuente: *La Luz de la memoria*, MNA 2012.

Precisamente, mirando los procesos de desubjetivación es que se puede comprender cómo es que un proceso autoritario construye o destruye a su opositor o al que disiente. La pista es lo que Agamben describe como *nuda vida* que podría describirse como un producto absoluto del poder y no una referencia natural. Se trata de una idea que Agamben rastrea, arqueológicamente, como Foucault, desde Aristóteles hasta Deleuze. En esa medida postula que desde el derecho romano, pasando por las leyes bonapartistas o el régimen nazi, hasta la Declaración de Derechos Humanos “la *nuda vida* es un producto de la máquina y no algo preexistente a ella, así como el derecho

no tiene ningún tribunal en la naturaleza o en la mente divina” (Agamben 2003, 157).

Una parte de este debate decanta en la resignificación del *homo sacer*, una figura del derecho romano primitivo que servía para denominar al humano que solo vive. Es el que no es, al que cualquiera puede matar sin pena, se remite a la referencia jurídica, más aún, remite a quien su vida no puede ser ofrendada ni siquiera en un sacrificio porque no vale nada. Actualizando esa desubjetivación, Agamben concluye que el musulmán, el comatoso, el migrante en estos tiempos ocupan ese lugar. En ese sentido, Agamben busca analizar cómo se ha producido esa desarticulación del sujeto de su propio ser, más que ver cómo se inscribe o subjetiva a los sujetos.

Por eso nos interesa la figura del *homo sacer*, porque permite comprender cómo opera, dentro de la lógica de la dictadura y de sus organismos de represión el opositor, aquel al que representan como disidente.

La política

También es relevante que revisemos, brevemente, el proceso de producción de la literatura y arte de la represión política mirándola desde la reflexión de Zavaleta Mercado en su libro *El Estado en América Latina* (1990); consideramos que las pistas dadas allí son interesantes respecto al significado y trasfondo histórico de la resistencia a las dictaduras.

Pero ¿cómo se representaría una política, o una cultura política sobre la represión desde la literatura y el arte? Siguiendo a Zavaleta, podríamos deducir algo a propósito de la siguiente cita: “una determinación estructural está siempre revelada por su forma ideológica y la combinatoria de ambas, estructura e ideología, debe producir siempre una política” (Zavaleta, 1990: 113). En ese sentido, propongo que al existir una novelística y estética de la represión política, evidentemente existe una determinación estructural que la posibilita; en tal sentido, implícitamente, asumo que subyace a la misma una forma ideológica y la misma evidenciaría una política. Entonces, la novelística que representa la represión política estaría produciendo una política y a la vez sería consecuencia de una ideología. Y este ensayo tiene la intención de describir la determinación estructural que subyace a esta novelística y a sus personajes.

Por supuesto, la construcción de la política siempre es resultado de la tensión entre formas autoritarias y “movimientos democráticos”; en ese sentido, se podría asumir que la cultura política no es pasiva, pero a veces es resultado de alguna imposición. Muchas veces es producto de complejas realizaciones y negociaciones dentro del contexto histórico.

Las novelas

Las novelas bolivianas develan que la represión es algo parecido a un túnel largo, oscuro y siniestro en el que los personajes esperan un desenlace fatal. En ellas, los cancerberos del poder estatal represivo se encumbran como parte de una maquinaria gigantesca cuyos tentáculos pueden llegar hasta al más oscuro y anónimo subversor ¿No es acaso el miedo y el terror de lo que se alimenta este monstruo-máquina? En estas novelas las víctimas son obreros, periodistas, sacerdotes, gente común que por convicción o “accidente” pasaron a formar parte de las listas negras del poder estatal. Presenciamos a lo largo de estas páginas el desmoronamiento de estos personajes, desde el momento mismo en que son buscados o apresados, lo demás es una secuencia de torturas y vejámenes que casi siempre terminan en la muerte, cuando el infractor es anónimo. Pero si tiene dinero o pertenece a una familia conocida, el Estado se representa indulgente y el exilio es una posibilidad. Son muchas las historias y los modos de tratarlas, para este ensayo centraremos la mirada no solo en las víctimas, sino en los represores, buscando una determinación estructural con base en la subjetivación y desubjetivación de los personajes. Por otro lado, no podemos leer estas páginas sin vincular la violencia estatal al “estado de excepción” que conculcaba los derechos de la ciudadanía en general y de los presos políticos en particular.

Como ya se anunció, la literatura y la estética que representan la represión política en Bolivia evidencian una tensión entre el autoritarismo que trata a sus enemigos como *homo sacer* y la resistencia que se alinea con la denuncia y representa a las víctimas como sacrificios sublimados. Detrás de la articulación de la estética de la resistencia se evidencia una política que, en su complejidad, no es pasiva y apuesta por la denuncia y la memoria.

Las tramas de las novelas pueden contribuir a dar cuenta de lo que se sostiene, así y de modo sucinto las describiremos:

Después de las calles (Poppe, 1971), es una novela compleja en la que varias historias y diferentes personajes giran en torno a la facultad de filosofía y letras de la UMSA. Entre todas esas historias sobresale la del narrador personaje: Jorge. Su historia es el hilo conductor de la novela, es un muchacho pobre que tiene que arreglárselas para sobrevivir y encuentra que su pasión es la lucha con los grupos socialistas; de hecho se decide por el estudio de la filosofía por esa especie de compromiso social. La narración va desde que es un colegial marginado, atraviesa por sus vínculos a grupos sindicalistas, describe su ingreso a la universidad y su participación en todas las luchas callejeras durante una de las dictaduras, que como todas, precisamente suspende el orden jurídico, a través del estado de excepción, tal como se ve en Smith, citado por Agamben (2003: 72). De ese modo, la trama de esta novela,

que se publicó el año que iniciaba la dictadura de Banzer, describe la ruptura del orden jurídico y el modo cómo los estudiantes universitarios pelean por la democracia. Aunque da la sensación de que estamos mezclando dato real con ficción, es necesario comprender que esta literatura, como diría Ortega, estaría a caballo entre la ficción y el testimonio.

El título *Después de las calles* implica una doble referencia: 1) a lo que hacen los universitarios después de las marchas de protesta contra la dictadura, que sería vivir sus vidas particulares y seguir con sus estudios y 2) a la decisión final del protagonista que decide marchar a la guerrilla, como su forma de trascender la lucha universitaria. En medio de eso, existen episodios referentes a un tiempo anterior, cuando nuestro personaje principal se enamora de una colegiala a la que sigue silenciosamente por las calles durante meses, hasta que le pierde el rastro a consecuencia del contragolpe de los militares. Pero sabía que no pertenecía a su clase social y eso inhibe totalmente su subjetividad “Me encontraba, como diríamos, al mismo nivel que el hijo de la cocinera de su casa. Siendo así era imposible acercarme y decirle Viki quiero ser tu amigo. Sabía que ella me miraría con sorpresa, se fijaría en mis ropas rotas, sucias, en mis calzados de otro, tan grandes en mi figura tan graciosa a lado de ella” (Poppe, 1971: 132). De esa manera, junto con la problemática de la dictadura se van develando otros aspectos de la sociedad boliviana como el colonialismo interno, como diría Silvia Rivera, en escenas y acciones más cruentas, como aquella en que expulsan a unas chicas morenas de la oficina del Centro de Estudiantes (*ibid.*: 30). Poppe ilustra el clasismo social de los propios socialistas, revelando una determinación estructural que pocos se animan a identificar. Sorpresivamente, al final de la novela, Jorge reencuentra a la muchacha en la universidad y contempla la posibilidad de una relación amorosa, pero él decide sacrificarla para continuar con sus planes de irse a la guerrilla, aunque lo hace con la expectativa de que después de cambiar el mundo regresaría por ella. Es evidente que al proceso de desubjetivación provocado por el militarismo (Agamben, 2003: 17) se le suma una carga igual de fuerte, el racismo; y la conjugación de ambas situaciones provoca este desenlace.

Paralelamente, el mismo narrador da cuenta de todas las historias de sus compañeros: desde los “blancoides”, como son nombrados en el texto, hasta los más populares, entre los que se encuentra el mismo narrador. De modo ameno se cuentan todas las contradicciones de esos estudiantes de filosofía y humanismo que marchan, bloquean y luchan contra los órganos represores del Estado, pero después regresan a su rutina, se la pasan fumando cigarros, tomando coca cola y socializando sin ninguna dirección, incluso confundidos. Son llamativas varias escenas en las que, pese a su militancia, estos estudiantes que luchan por un mundo más igualitario, se dejan llevar por sus prejuicios sociales. Sobre ese punto el narrador se pone de lado de algunos

que aparecen como más comprometidos que otros, mientras que describe irónicamente la militancia teórica de los demás. Esta novela retrata, desde un nuevo realismo –tal como la nombra Augusto Guzmán de modo sarcástico (Guzmán, 1973)– brillante, audaz y fértil, la febril vida universitaria de la época alrededor de los años de 1970, precisamente la época en que se sucedían unos a otros los gobiernos militares *de facto*.

Por otro lado, están las novelas de Juan de Recacoechea: *La mala sombra* (1980) y *Toda una noche la sangre* (1994). Sin duda, el autor de *American Visa* (1994), fue un escritor prolífico que exploró muchas vertientes de la sociedad boliviana. Con *La mala sombra* (1980), Recacoechea demuestra su pericia como novelista, la novela cruza dos historias grandes: la de Manuel Irigoyen y el modo cómo logra salir de la pobreza transportando droga a los EEUU y la del Jefe de Operaciones de Narcóticos que intenta atrapar a unos peces gordos del narcotráfico. Esta historia está ambientada durante la dictadura de Banzer y el ilícito está vinculado a altos funcionarios de la misma. La novela ilustra la desubjetivación y desideologización del personaje principal que, arrastrado por la dictadura y el modo cómo esta le cierra todas las puertas, es orillado al tráfico de drogas. Irigoyen pasa de ser considerado un subversivo de izquierda a volverse un empresario que se beneficia del régimen dictatorial, una desubjetivación y una nueva y renovada subjetivación. Como dice Agamben, la subjetivación, siguiendo la pista de Foucault, implica la inserción en una red de relaciones de poder. Precisamente eso es lo que pasa finalmente con el protagonista.

El personaje principal es Manuel Irigoyen, descendiente de una importante familia paceña que, a consecuencia de la Revolución de 1952, no pudo reciclarse en el cambio y por ello se lo puede describir como parte de una élite que comenzó a agotarse en sí misma. Gracias a su familia y a su prestigio estudió literaturas comparadas en Buenos Aires y se proyectaba para estudiar un doctorado en Francia, pero regresó al país. Ya en Bolivia logró acomodarse dando cátedra en la Universidad y en esas circunstancias se vinculó con militantes socialistas. Cuando el gobierno de Barrientos fue depuesto y cayeron los militares que lo reemplazaron, asumió el gobierno Juan José Torrez, un militar socialista. Un amigo íntimo se hizo Ministro de Informaciones y lo nombró Subsecretario de ese Ministerio. Con el estatus salarial y el prestigio político se casó con Rosemarie Kirch, hija de una familia adinerada. Cuando J.J. Torres murió, en un sospechoso accidente, todos sus allegados tuvieron que pasar a la clandestinidad.

Gracias a sus parientes logró que se lo exilie a Suecia. La dictadura se vino con fuerza, hay referencias en la novela de las prisiones, de los campos de reeducación, de la dictadura de Banzer, las torturas, los desaparecidos y el abrazo de Charaña. La familia del protagonista logró que lo perdonen y

tramitó su regreso, todavía con Banzer en el gobierno. Después de seis meses sin conseguir trabajo, le surgió la posibilidad de trabajar en una empresa publicitaria, para darle el trabajo el dueño le pidió que compre una acción de cinco mil dólares de la empresa. Volvió la inestabilidad al protagonista cuya subjetividad estaba por los suelos, porque estaba desvinculado de cualquier relación de poder en ese contexto. Un amigo, Jimmy Pereira, falangista y empleado político de la dictadura, le ofreció un negocio: consistía en trasladar droga a los EEUU. Lo hizo, con muchas complicaciones, en este punto es preciso destacar el juego psicológico muy bien logrado de parte del autor para retratar el difícil momento. Por el trabajo recibió siete mil dólares, con los que pudo comprar las acciones y conseguir un puesto en la empresa publicitaria. Pereira, su amigo, enterado de las acciones compró tantas que nombró gerente a su amigo, a tiempo de garantizar a su empresa contratos importantes con el Estado.

Por otro lado está la historia del Jefe de Operaciones de Narcóticos, el Dr. Germán Gisbert, quien tenía un fijación por atrapar a un narcotraficante apodado el Paragua que se le había escapado en un último operativo. Su investigador, el agente Gómez, pudo conseguir el testimonio de una delatora que sabía dónde se encontraba el narcotraficante, más aún, sabía que tenía un negocio grande en ciernes. El plan era atraparlo con las manos en la masa y también agarrar a los capos del narcotráfico. La muchacha llegó a informarles dónde y cuándo se entregaría la droga, incluso el vuelo en que saldría, aunque esto un poco tarde. Sin embargo, en contra de todos sus planes, el Paragua escapó, la droga logró salir del país gracias a Manuel Irigoyen que la llevó, y la policía como siempre perdió. Peor aún, la muchacha infiltrada fue descuartizada por los narcos con apoyo del régimen, ¿acaso esto no es lo que Agamben describe como *nude vida*? esta vez la valoración parte del narcotráfico. El mismo Jefe de Narcóticos fue relevado de su puesto. El capo al que buscaba la policía era nada menos que Jimmy Pereira, el exitoso amigo de Manuel, quién se encontraba totalmente vinculado a la dictadura y era previsible que nunca lo apresarían. De ese modo, podemos ver que esta dictadura se encontraba plenamente “desideologizada” y privilegiaba el lucro antes que sus principios fascistas, aunque ello signifique involucrarse en actos ilícitos.

La mala sombra hace referencia a la mala suerte que tenía el protagonista que de hecho comentó a su suegra: “Doña Inés, me ha perseguido inexplicablemente la mala suerte.../ - ¡Es hora de cambiar!... ¡olvídate de lo que has sido o lo que has hecho!” (Recacoechea S, 1980, 24). Manuel Irigoyen se libró de la mala sombra gracias al tráfico de drogas, sin embargo, la mala sombra también alude al padrinazgo político y mafioso de la dictadura. El desenlace y el final no son moralistas, al contrario, este anti-héroe logró finalmente su ansiada estabilidad económica y social, aunque anclada en sus vínculos con

la dictadura y el narcotráfico. Podemos advertir que los procesos de desubjetivación de los enemigos, los antagonistas del fascismo, se da solo en parte. Hay una tensión entre desubjetivación y subjetivación que en este caso se resolvió por medio de los negocios ilícitos y las amistades.

Toda una noche la sangre (1994) es sin duda otra gran novela, revela la historia de Antonio Silavic, miembro de un grupo paramilitar de ideología extrema, hijo de un croata fascista. Aburrido e impaciente espera el momento de otro golpe de Estado para tener trabajo y volver a formar parte del grupo de represores. Se podría decir que se siente satisfecho por aquello que hace y que, indudablemente, es fascista por convicción. A pesar de su ideologización, los jerarcas políticos que lo usaban hicieron que él y los otros jóvenes que apoyaban y a estos regímenes dictatoriales se vuelvan borrachos y adictos a las drogas. Evidentemente, había en ello la intención de controlarlos con mayor facilidad, a la vez de facilitar las sangrientas represiones que estaban en sus manos. De hecho, la novela comienza cuando él había salido de una clínica de desintoxicación y ebrio transitaba la ciudad en busca de aliviar su tedio. La época es la del breve verano democrático, cuando Gueiler asumió la presidencia, después del Golpe de Banzer y antes del Golpe de García Meza.

El protagonista se encontraba en dificultades económicas, debía la pensión de su hija, resultado de su matrimonio con Patricia Viaña, una estudiante de sociología e hija de un catedrático universitario. El matrimonio iba muy bien, incluso trabajó como mecánico, pero duró solo cuatro años, sucede que regresó a los grupos violentos y se divorciaron irremediablemente, ahora debía pagar pensiones y sostener sus vicios.

En esas circunstancias y apremiado por la falta de dinero, Jiménez, un operador político de la Falange Socialista, lo contactó y contrató para asustar a un cuervo, así se referían a los curas jesuitas, quien tenía información muy importante y si la revelaba fracasaría el Golpe de Estado que preparaban. Escandell, el jesuita español, dirigía un Semanario llamado Wara y había anunciado que publicaría una lista de altos jerarcas militares involucrados en el negocio de las drogas, motivo por el que debían asustar al sacerdote y arrancarle la confesión respecto al militar delator. Sivalic le recordó que él no se metía en tortura, pero Jiménez lo convenció argumentando que solo se trataría de darle un susto y que de ello se haría cargo Bompiani, un paramilitar argentino contactado por ellos. Por los datos proporcionados, claramente se alude al Plan Cóndor y la complicidad internacional que derivaría en una gran escalada de violencia para tomar el poder. Le ofreció 10.000 pesos como adelanto, un monto que le salvaría del conflicto económico que atravesaba y, adicionalmente, tendría protección mientras llegaba el Golpe. Cuando Bompiani le preguntó porque asustarían al cuervo, Sivalic le contó el asunto de las drogas y la única respuesta que obtuvo fue: “En Argentina los milicos son

fachos, y si les proponés un negocio de droga por ahí te mandan a fusilar” (Recacoechea, 1994: 80). Revelando que el camino emprendido por la dictadura boliviana y las drogas era algo muy local, por lo menos en ese momento histórico, de esa manera se sugiere la ausencia de convicción de los sujetos que están en el poder, una especie desubjetivación retorcida.

Una vez secuestrado Escandell fue llevado al Matadero de Achachicala y allí Bompiani hizo su trabajo: durante toda la noche lo destruyó con un destornillador. Apenas Escandell quedó en manos del torturador se dió cuenta de que su vida no valía nada, así se lo hizo entender el sádico operador del régimen. De esa manera, su cuerpo torturado, destruido, es la evidencia de su paso a la condición de *nuda vida* (2003: 157). La supresión del orden jurídico hizo posible que los esbirros de la dictadura puedan acabar con las vidas sin el menor remordimiento, pues en ellos opera la desubjetivación de las víctimas, llegando a considerarlos como personas sin ningún valor. De hecho, es bastante contradictorio el arranque de piedad de Sivalic, quien mató a Escandell con un par de balazos para evitarle más sufrimientos. Silavic, por recomendación de Jiménez, huyó rumbo a la Argentina, se le proporcionó dinero, contactos y hasta el boleto del tren. Pasando la frontera, en el vagón comedor lo abordó Bompiani y le contó que ya descubrieron el cadáver de Escandell. La novela finaliza con Bompiani en el camarote de Antonio Silavic disparándole en la sien, por órdenes de sus jefes, quienes no querían que sobrevida un testigo alcohólico. De ese modo, el fascista y colaborador también había pasado a la esfera de la *nude vida*. Ocurre que para el poder y su maquinaria represora, previa al golpe militar, su vida tampoco valía.

Otra novela, importante es *El caldero* (1975) de Gilfredo Carrasco. Alejandro era un joven universitario, nieto e hijo de militares, de pequeño perdió a su padre y más tarde fue abandonado por su madre, quien decidió irse con su segundo esposo a la Argentina. La historia de Alejandro es una historia de abandono y soledad. Vivió durante su infancia y adolescencia en la casa de su tía, pasando junto a esa familia hambre y miseria. De vivir en Miraflores se fueron a vivir a un subsuelo en San Pedro, en una franca caída social. Posteriormente, una de sus tías le ayudó a conseguir una beca en el Colegio Militar, lugar del que desertó porque no lograba asimilarse a ese estilo de vida.

La novela comienza cuando se reencuentran en la universidad con Sergio, su primo, con quien convivió en su infancia de abandono. Sergio para ese entonces era un líder universitario y en una Asamblea los estudiantes decidieron apoyar a los mineros y marchar hacia el Palacio de Gobierno. A medio camino fueron interceptados por los soldados y policías. En la confrontación Sergio arrojó un adoquín que llegó en la cabeza de un jefe militar que terminó muriendo. Alejandro logró esconderse en una casona, mientras Sergio se quedó detrás de un monumento, mucho más expuesto a los disparos y sin

posibilidad de escapar. Blanco fácil, Sergio recibió los disparos de los soldados, pero antes de morir se defendió con la pistola que llevaba. Alejandro que lo miraba de lejos, sin importarle los peligros decidió correr hacia él, al verlo muerto, agarró su revólver y comenzó a disparar a su vez, es un instante narrado de forma poética y trágica (Carrasco, 1975). La novela narra ese proceso de desubjetivación desde un inicio: Alejandro, un niño abandonado por su propia madre, su supervivencia como arrimado a una familia empobrecida, finalmente, asesinado en medio de la calle, como muchos otros en esos días de protestas estudiantiles y tanques de guerra sobre las aceras.

La narración de este episodio final, aunque está casi al principio de la novela, es intrincada: existen saltos temporales hacia el pasado en el que se narran todos los avatares que sufrió Alejandro de niño. Los saltos temporales son constantes y no siguen una secuencia temporal lineal, de manera que el final de la diégesis está en las primeras páginas. En todo caso es importante recalcar que Sergio, por su ideología política, murió peleando por una causa en la que creía y en la que estaba involucrado; en cambio, Alejandro soñaba con una vida tranquila después de tantos sobresaltos y sinsabores, pero al final “Alejandro se sintió capaz de luchar toda su vida por una de esas ideas que los hombres inventan para morir” (Carrasco 1975, 246). Sin duda esta frase revela los procesos de subjetivación de la lucha socialista frente a la remezón desubjetivadora de la maquina estatal represora, para la que la vida del ser humano no vale nada, por lo tanto le es fácil ordenar muertes sumarias o la utilización de armamento de guerra en contra de la población civil.

Los vulnerables (1973) de Gaby Vallejo de Bolívar narra tres historias: la de un grupo subversivo denominado “Terrorismo y libertad”; la historia de un grupo de colegiales adscritos a la Federación de Estudiantes de Secundaria (FES) vinculados al grupo terrorista y la historia de María que es la narradora indirecta de los acontecimientos. Es posible identificar que en este proceso de la lucha armada y violenta se produce una subjetivación hacia la resistencia, si bien la izquierda también construye relaciones de poder, también construye toda una razón de existencia con sus acciones. En el grupo subversivo sobresalen Antonio y Rita, el grupo hizo estallar bombas en diferentes lugares de la ciudad siguiendo las instrucciones de Félix, su líder, al que no conocían. Sus acciones salieron de control, uno de sus amigos cayó herido y fue detenido, los demás se vieron obligados a esconderse. Antonio, el líder, era hijo de una empleada doméstica y a la muerte de su madre se quedó solo, eso lo impulsó a abrazar al sindicato socialista y luego una causa rebelde, en el trance terminó enamorándose de Rita. Ella era de una familia adinerada que buscaba una excusa para rebelarse frente a su familia. En el despliegue de las acciones subversivas se enamoraron, pero nunca llegaron a confesarlo, por lo menos no directamente (Vallejo de Bolívar, 1983: 90).

A propósito de este punto es posible identificar que en la historia late otra forma de desubjetivar, el racismo, que dificulta la consumación de un amor que estaría “proscrito”. Antonio era hijo de una sirvienta, mientras que Rita pertenecía a una familia de rancia “aristocracia”, se puede percibir que esa “distancia social” es la barrera invisible entre ambos, aunque finalmente estaban enamorados.

Una vez que fueron detectados por los organismos de seguridad, se separaron. En la clandestinidad Antonio se vió completamente afectado, como diría Agamben, comenzó su desubjetivación porque se encontraba al borde de la enfermedad, la anemia y la soledad, lo único que lo mantenía era la esperanza de reencontrarse con Rita. Las circunstancias lo obligaron a salir de la clandestinidad, para ir en busca de Félix, su contacto. Aunque abrigaba la esperanza de encontrar a Rita. Antes de darle encuentro en la Universidad fue alcanzado por una ráfaga de metralla que lo dejó agonizando. Rita atestigüa el crimen y corre llorando donde él. Antonio, con la intención de protegerla le dice que se salve y, posteriormente, niega conocerla.

Estas síntesis de las novelas revelan de entrada un corpus distante de los discursos ideológicos más entusiastas. Sus héroes, generalmente, están solos contra el mundo, aunque utópicamente actúan buscando el bien de la sociedad. Viven en un mundo real, pero adverso, no solo agobiados por los problemas económicos, sino por esa especie de racismo que los proscribía, antes que el mismo régimen dictatorial. En general, estos personajes, si bien viven sus propios procesos de subjetivación en ambos bandos, sus propias ideologías parecen hacerlos prisioneros. En los casos extremos, los personajes llegan a la *nude vida*, no solo por el poder represor sino por los guardianes de ambos bandos.

Conclusiones

Como se puede observar, estas novelas constituyen un corpus literario heteróclito, aunque el referente y el contexto parezcan el mismo, cada escritor los abordó de diferente modo y poniendo énfasis en historias particulares. Como recurso metodológico optamos por identificar los modos cómo las novelas narran la subjetivación y la desubjetivación de personajes que, inmersos en procesos autoritarios, se encuentran de un lado y del otro. Para eso seguimos la pista de Agamben que, siguiendo a Foucault, sostiene que la subjetivación implica la inserción en unas redes de relaciones de poder (Agamben, 2003: 17). Por otro lado, aclara que tan o más importantes son los procesos de desubjetivación, lo que implica un recorrido por dos tensiones: subjetivante y desubjetivante, lo paradójico es que el sujeto sería la no coincidencia de esta tensión. En tal sentido, pudimos advertir en las novelas esta pulsión, cuyo én-

fasis subjetivamente se da en torno al poder “estatal” y también desde la militancia política contraria. Pero dando cuenta de un proceso político violento, como es la dictadura, es posible advertir que los procesos desubjetivantes suelen ser muy fuertes y vinculan el desplazamiento de los sujetos al ámbito de la *nude vida*, como señalaría Agamben. Esto es “una vida separada de todo contexto, una vida considerada como mera vida y no como forma de vida, una vida que solo se incluye en el ordenamiento jurídico para ser excluida” (Quintana, 2006: 49).

En tal sentido, la primera pulsión para organizar una lectura sobre la literatura a propósito de la dictadura es mirarla y describirla dicotómicamente: izquierda contra derecha; los buenos contra los malos; los fascistas en contraposición a los izquierdistas. Sin embargo, la revisión de los textos y aquello que narran nos arrojó pistas sugerentes. En novelas como *Los vulnerables* y *Después de las calles* es posible identificar que los procesos de subjetivación autoritaria de los personajes literarios se dan tanto en la izquierda como en la derecha. Pero lo más llamativo es que a la desubjetivación provocada por la violencia militar se le añade una desubjetivación anterior: el racismo. Entonces, parece que la novela militante en Bolivia explora este otro componente. No es tan perceptible, pero apenas tomamos conciencia los ejemplos comienzan a proliferar. Es interesante ver que el racismo se entrecruza con el autoritarismo militar, pero también con el autoritarismo de izquierda. Esta exploración todavía es preliminar y desarrollaremos esta hipótesis en una ulterior lectura.

Del mismo modo, pero con otro rumbo, este ensayo procuró identificar el modo cómo una lectura de estos materiales puede ayudar a identificar una política. Siguiendo la pista de Zavaleta cogimos que la determinación estructural se revela por su forma ideológica y que ambas producirían una política. Efectivamente, la determinación estructural signada por la subjetivación y la desubjetivación de los sujetos permite identificar la ideología que subyace al texto. Y, aunque mayoritariamente la adscripción ideológica de los autores y los textos se decanta por la izquierda, algunos de los discursos no vacilan en exponer las contradicciones éticas de la misma, enriqueciendo de ese modo el texto literario. Es maravilloso el modo cómo, por ejemplo, Alejandro, el personaje principal de *El caldero* descrea de las luchas políticas de izquierda y, un momento antes de su muerte, con la intención de salvar a su primo, se siente capaz de luchar “por una de esas ideas que los hombres inventan para morir” (Carrasco, 1975: 246).

Sin duda, un factor de distorsión es la presencia del narcotráfico en concomitancia con los militares. Revelando que, en muchos, sentidos, su lucha no es ideológica, sino económica. Es llamativo el comentario del paramilitar argentino, en *Toda una noche la sangre*, cuando increpa a Sivalic y le dice que en Argentina los militares son fascistas y que es casi imposible meterlos en

temas de drogas. Así, a un problema que en apariencia es ideológico se introduce, como una sutil forma de verificación con la realidad, este tema nacional tan recurrente. Es decir, quizá no era posible abstraer la presencia del narcotráfico porque siempre estuvo a flor de piel y puesto que esta literatura es en parte ficción y en parte testimonio tuvo que integrárselo a la narración.

De ese modo, la novela escrita sobre el contexto dictatorial, en parte testimonial y en parte ficción, recrea el modo cómo los bolivianos vivimos un periodo histórico tan violento y traumático. Nos muestra, por medio de las metonimias, el lado humano de quienes sobrevivieron y sufrieron el autoritarismo militar. Esas vidas, desubjetivadas, disminuidas en su valor, representan lo que el poder estatal puede hacer sobre la vida de los ciudadanos. No se trata solo de los asesinatos sumarios, las torturas, el encarcelamiento, el terror de los ciudadanos de estar en las listas negras de la dictadura, el temor salir a la calle con el “testamento bajo el brazo”, como sugirió uno de los dictadores; se trata también de los traumas que dejaron y que tardaron en sanar. Prueba de ello son estas novelas escritas años después de las dictaduras.

Esta literatura nos revela un drama humano que duele hasta los tuétanos, porque sabemos que no es simple ficción, porque algo o mucho de lo que se narra entra en la esfera de lo posible y lo vivido. Es una literatura que linda con lo testimonial porque recoge mucho de lo que conocíamos de boca a boca y que quedaba regado por las calles como una señal de advertencia. Pues de eso se nutría la dictadura, del terror, y es eso, precisamente, lo que recrean estas novelas, por eso sobrecoge leerlas, porque en cada página está inscrito un rostro sufriente, un rostro sin nombre, por lo tanto pudo ser uno de los tantos desaparecidos, asesinados o torturados. Por otro lado, estas novelas nos enfrentan con la realidad, con esa amenaza que se cierne sobre los países que no consiguieron las bases de una democracia plena y por lo tanto nos muestra cuán vulnerables podemos ser frente a un gobierno totalitario y autoritario.

Bibliografía

Agamben, Giorgio (2003). *Estado de excepción. Homo sacer, II, I*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Antezana, Luis (1985). “La novela boliviana en el último cuarto de siglo”. En *Tendencias actuales en la literatura boliviana*. Valencia, España: Institute for the Study of Ideologies & Literature; Instituto de Cine y Radio-Televisión.

Cáceres Romero, Adolfo (1973). “Guía para el profesor y el alumno”. En *Los vulnerables*. Cochabamba: Editorial Los Amigos del Libro.

Carrasco R., Gilfredo (1975). *El caldero*. La Paz: Casa Municipal de la Cultura.
Guzmán, Augusto (1973). *Panorama de la novela en Bolivia*. La Paz: Librería Editorial Juventud.

Medrano, Alfredo (1979). "Literatura, testimonio y política". En N. Taboada Terán (Ed.), *El Quijote y los perros, antología del terror político* (pp. 11-17). Cochabamba: Editorial Universitaria UMSS.

Ortega, Julio (1980). "La literatura latinoamericana en la década del 80". *Revista Iberoamericana*, 46(110), 161-165.

Oswald, Frida (2008). *Testimonial literature of the dictatorships: Argentina, Bolivia, Chile and Brazil. A comparative study* (Doctoral dissertation, University of California, Riverside).

Poppe, René (1971). *Después de las calles*. Oruro: Colección Popular.

Prada, Ana Rebeca (1985). "El cuento contemporáneo de la represión en Bolivia". En J. Sanjinés (Ed.), *Tendencias actuales en la literatura boliviana*. Valencia, España: Institute for the Study of Ideologies & Literature; Instituto de Cine y Radio-Televisión.

Quintana Porras, Laura (2006). "De la Nuda Vida a la 'Forma-de-vida': Pensar la política con Agamben desde y más allá del paradigma del biopoder". *Argumentos* (México, DF), 19(52), 43-60.

Recacoechea, Juan (1980). *La mala sombra*. Cochabamba: Editorial los Amigos del Libro.

Recacoechea, Juan (1994). *Toda una noche la sangre*. La Paz: Librería Editorial Juventud.

Sanjinés, Javier (Ed.) (1985). *Tendencias actuales en la literatura boliviana*. Valencia, España: Institute for the Study of Ideologies & Literature; Instituto de Cine y Radio-Televisión.

Taboada Terán, Néstor (Ed.) (1979). *El Quijote y los perros, antología del terror político*. Cochabamba: Editorial Universitaria UMSS.

Vallejo de Bolívar, Gaby (1973). *Los vulnerables*. Cochabamba: Editorial los Amigos del Libro.

Zavaleta Mercado, R. (1990). *El Estado en América Latina*. Cochabamba y La Paz: Editorial Los Amigos del Libro.